

Bajo la dirección de
Philippe Ariès y Georges Duby

Historia de la vida privada

*De la Primera
Guerra Mundial
hasta nuestros días*

5



Bajo la dirección de
Philippe Ariès y Georges Duby

Historia de la vida privada

*De la Primera
Guerra Mundial
hasta nuestros días*

5



SÍGUENOS EN
megustaleer



[@megustaleerebooks](https://www.facebook.com/megustaleerebooks)



[@megustaleer](https://twitter.com/megustaleer)



[@megustaleer](https://www.instagram.com/megustaleer)

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Tomo 5

De la Primera Guerra Mundial hasta nuestros días

Sophie Body-Gendrot,
profesora de la Universidad París IV,

Rémi Leveau,
professeur des universités en el Instituto de Estudios Políticos de París,

Kristina Orfali,
ayudante de dirección en el MacLean Center for Clinical Medical Ethics de la Universidad de Chicago, investigadora en el CADIS (Centro Nacional de Investigación Científica/Escuela de Estudios Superiores en Ciencias Sociales),

Antoine Prost,
profesor de la Universidad de París I,

Dominique Schnapper,
director de estudios en la Escuela de Estudios Superiores en Ciencias Sociales,

Perrine Simon-Nahum,
investigadora en el Centro Nacional de Investigación Científica,

Gérard Vincent,
antiguo profesor del Instituto de Estudios Políticos de París.

Volumen dirigido por Antoine Prost y Gérard Vincent

Los inconvenientes de las opciones

por Gérard Vincent

En la introducción al primer volumen de esta colección, Paul Veyne se pregunta “si la civilización romana ha sido el fundamento del Occidente moderno” (p. 16). Y responde: “No lo sé”. Sobre el periodo de la Edad Media anterior al siglo XIV, Georges Duby escribe: “Todo lo relativo a este lapso de tiempo es problemático y árido” (p. 11). Es lo mismo que decir que las series largas, fácilmente abordables desde el punto de vista de la climatología, y a veces desde la demografía, escapan sin embargo a la investigación del historiador de la vida privada quien, negándose a evocar la existencia cotidiana —cuyas huellas son relativamente numerosas—, pretende penetrar en los secretos de la intimidad.

Fuentes pletóricas

Las fuentes, raras para los historiadores de los tiempos antiguos —ya sean directamente utilizables, ya impongan una epistemología de sustitución— son en cambio copiosas para nuestro periodo. Su sola recensión ya llenaría un libro entero, y el autor de esta introducción (cuyo capital de conocimiento se encuentra necesariamente limitado) ha debido contentarse con lo que sabe, fracción débil de lo que “haría falta” saber. Primera elección no tanto verdaderamente “escogida” como impuesta por ese almacenamiento de fragmentos leídos aquí y allá o retenidos y que constituyen lo que habitualmente se llama una “cultura” personal. El historiador jamás se encuentra ausente del enunciado de

lo que produce, y, aunque nunca apuraremos tanto la paradoja como para pretender que todo libro de historia es autobiografía de su autor antes que relación científica de datos irrefutables, sí debemos confesar como punto de partida el carácter de aproximación personal que reviste lo que sigue.

Una opción hexagonal

Quizá la "sociedad romana", el "mundo del Occidente cristiano" no son otra cosa que artefactos y denotan conjuntos cuya evidente diversidad deja lugar a una cierta unidad. Sobre ello corresponde decidir a los especialistas. Con el emerger de las naciones, las diferencias se precisan o, al menos, se hacen evaluables hasta el punto de que es imposible (no serio) escribir una historia de la vida privada en la que la opacidad de la historia del *mafioso* conviva con la transparencia (o pretendida transparencia) de la relatada por el ciudadano sueco. Ello explica, y ésta es nuestra segunda opción, la decisión (a decir verdad se trata más bien de una resignación) de dedicar este volumen al Hexágono francés.

Un rompecabezas imposible de reconstruir

Circunscribir nuestro campo de estudio a Francia (sin excluir la posible influencia de los modelos extranjeros) implica también aspirar a la realización de un inventario incompatible con las dimensiones forzosamente limitadas de un texto que debe decir quiénes son, en sus prácticas singulares y mundo imaginario, esos cincuenta y cinco millones de hombres, mujeres y niños, franceses o emigrantes, que viven en este territorio, y decirlo en unas trescientas páginas. Puesto que no es posible estudiarlos uno a uno, hacía falta clasificarlos. Pero ¿qué taxonomía seguir? ¿El sexo? ¿La edad? ¿Las regiones? ¿Las clases sociales? ¿Las categorías socioprofesionales? (CSP convertida hoy en día en PCS). Y si diésemos preferencia a esta nomenclatura, ¿haría falta tomarla con una, con dos, incluso con cuatro cifras? Todos estos criterios importan e imponen clasificaciones formadas

por dos, tres o cuatro párrafos. Un apartado sobre un ni-
vernés de treinta años, casado, padre de dos niños, en as-
censión social, ocasional asistente a misa, con crecientes
propiedades, poseedor de una biblioteca de trescientos
volúmenes, entre ellos los cinco tomos de la *Historia de la
vida privada*. ¿Por qué no? ¿Una anciana muy digna, viuda
de un oficial de marina, que vive pendiente de sus seis hi-
jos y de sus veinticuatro nietos, votante de la derecha, no
afiliada en el INSEE[1], pero benévola participante en las
asociaciones caritativas de su parroquia? ¿Por qué no? ¿Por
qué precisamente ella? El corresponsable de estos dos últi-
mos volúmenes se sentía tentado de reconstruir un rompe-
cabezas de biografías y de historias familiares, y tanto más
cuanto que poseía el material necesario y pensaba que una
presentación de estas características podría satisfacer a un
lector potencial siempre más sensible a las historias que a
la historia, dado que en aquéllas puede encontrar semejan-
zas que le atañen. Sin embargo, y ésta fue nuestra tercera
elección, debimos desechar esta concepción por la simple
razón de que nuestro propósito no era elaborar un *Who's
Who?* de los hombres de la vida cotidiana, sino más bien
intentar una comprensión de conjuntos.

Sorprendidos por la ausencia de monografías elaboradas
en función de la "posición social", el lector deberá moderar
su indignación, puesto que las desigualdades sociales son
perceptibles en todos los desarrollos de esta obra, ya se
trate del nivel de vida, de la muerte, de la educación de los
niños o del consumo cultural ("El gusto no es otra cosa que
la aptitud para descifrar un determinado número de indica-
ciones que os permitirán ser considerado como conocedor
de los bienes de producción erudita", escribe Pierre Bour-
dieu). El indudable incremento del nivel de vida (sobre to-
do después de la Segunda Guerra Mundial) sólo ha genera-
do una aparente homogeneización, pues subsisten los fac-
tores de estratificación: mantenimiento de las diferencias
entre las rentas, diferente consumo cultural, hechos lingüís-
ticos vinculados al medio sociocultural, difusión de los "mo-
delos" de la cúspide de la "escala social" en los niveles in-

feriores, endogamia en todas las clases o estratos, pues respecto a la elección de las parejas, la "cohabitación juvenil" no ha cambiado nada, movilidad social, más intergeneracional que intrageneracional y caracterizada por cortas trayectorias.

¿Qué frontera(s) presenta la vida privada?

Después de haber hecho explícitos nuestros rechazos nos queda justificar nuestras opciones. En el siglo XX, los múltiples avatares del Estado (o del poder público) parecen haber hecho retroceder la frontera de lo privado. La familia, asediada por la Seguridad Social, los subsidios, las facilidades para el acceso a la propiedad, el crédito al consumo, el IVG legalizado, después reembolsado, etc., parece "bascular" en el terreno público. Pero, concomitantemente, la elevación del nivel de vida ha ofrecido a cada miembro de esta familia la posibilidad de ensanchar su vida privada —¿secreta?— al abrigo de las miradas de sus próximos: desaparición de la cama compartida —más tarde de la habitación común—, escucha individual del transistor que reemplaza a la —colectiva— de la TSF del periodo de entreguerras, etc. En la primera parte de este libro, Antoine Prost describe precisamente la evolución de esta articulación entre vida privada y vida pública.

¿Una historia del secreto?

En la segunda parte —la más larga—, el autor de esta introducción, obsesionado por esquivar una historia de vida cotidiana hecha una y mil veces, se ha aproximado a la historia del secreto. No hace falta decir que no se trata de ese secreto absoluto que todo hombre se lleva a su tumba, a veces incluso en la ignorancia de que lo detenta, sino de este desplazamiento de la frontera entre lo dicho y lo no dicho que interesa a varios niveles: al individuo, a la familia, al pueblo o al barrio, a un grupo primario, a una "banda", a una "sociedad", etc. Quizá podría hablarse de una "historia de la indiscreción", no en el sentido originario de esta pala-

bra (incapacidad de discernir), sino en una acepción derivada y banal (comunicar a los no iniciados informaciones hasta aquí circunscritas a las esferas individuales, amistosas o familiares). Una empresa de tal naturaleza impone las precisiones epistemológicas que abren esta segunda parte. Sigue una reflexión sobre el enigma de la identidad, que permitirá al lector pasearse por un vasto terreno que abarca desde la promiscuidad de los campos de batalla hasta la extrema intimidad de la sexualidad.

Las diversidades culturales

Esta segunda parte, un poco abstracta —a pesar de los ejemplos precisos y de algunas anécdotas encargadas de apuntalar el discurso y de distraer al lector— reclamaba la aparición de un futuro volumen, dedicado a las diversidades culturales. Allí también se imponía una elección. Se han establecido cuatro “conjuntos” desigualmente estructurados. Primero *católicos* y *comunistas* cuya carga, si me atrevo a decirlo, y así lo hago, recayó sobre mí, pues fue verdaderamente una tarea onerosa condensar en unas pocas decenas de páginas dos problemáticas de una extrema complejidad. A continuación, el lector encontrará a los *judíos*, cuya diversidad ha subrayado Perrine Simon, diversidad no solamente derivada de los cambios que experimentaron a lo largo del siglo XX, sino también de los sentimientos que suscitaron, pues el genocidio interrumpió momentáneamente el discurso antisemita y la fundación del Estado de Israel modificó el enunciado del problema. Finalmente, se tratará de los *emigrantes* europeos del periodo de entre guerras (Dominique Schnapper evoca las etapas de su “asimilación”), especialmente de los magrebíes a partir de los años sesenta (Rémy Leveau muestra la complejidad de la interculturalidad).

¿Modelos o mitos? El americano y el sueco

Los franceses, enclavados en el área de influencia americana, ¿intentan identificarse con los modelos que nos trans-

¿mite el tentacular imperio mediatizante de los Estados Unidos o más bien se repliegan sobre su identidad cultural? Sophie Body-Gendrot detecta la omnipresencia del "mito" americano y nos ofrece las reinterpretaciones de los modelos que instiga sobre el sostén mismo de nuestras raíces nacionales, incluso nacionalistas. Del "modelo sueco", que en los años sesenta hizo soñar a los franceses, Kristina Orfali señala la transparencia: un mundo exótico y nórdico donde la persecución del secreto aleja su frontera sin llegar nunca no obstante a abolirla.

Este libro se presenta, pues, como el resultado de tomas de posición todas ellas discutibles. Puesto que nuestras opciones se prestan a críticas legítimas, hemos preferido anticiparlas nosotros mismos, pues sabemos que el mundo universitario, heredero sin embargo del universo de los clérigos, no está dominado ni por la caridad ni por la indulgencia. Terminaremos esta introducción haciendo nuestro el propósito de Georges Duby en el "Prefacio" del tomo 3 de la presente colección: "Que el lector no espere encontrar aquí un cuadro acabado. Lo que va a leer, incompleto, repleto de interrogantes, no es más que un esbozo".

1

Fronteras y espacios de lo privado

Antoine Prost

La vida privada no es una realidad natural que nos venga dada desde el origen de los tiempos, sino más bien una realidad histórica construida de manera diferente por determinadas sociedades. No hay una vida privada cuyos límites se encuentren definidos de una vez por todas, sino una distribución cambiante de la actividad humana entre la esfera privada y la pública. La vida privada sólo tiene sentido en relación a la vida pública, y su historia es ante todo la de su definición: ¿cómo ha evolucionado, en la sociedad francesa del siglo XX, la distinción entre vida privada y vida pública? ¿Cómo ha cambiado el contenido y la extensión del campo de la vida privada? La historia de la vida privada comienza, pues, siendo la historia de sus fronteras.

La cuestión es tanto más importante cuanto que no es seguro que la distinción vida privada/vida pública tenga el mismo sentido en todos los medios sociales. Para la burguesía de la *Belle Époque* todo está claro: el "muro de la vida privada" separa nítidamente dos campos. Detrás de este muro protector, la vida privada coincide bastante exactamente con la familia. Competen a este terreno las fortunas, la salud, las costumbres, la religión: si los padres deseados de casar a sus hijos se ven obligados a "pedir informes" al notario o al sacerdote sobre la familia de un eventual partido es porque se oculta cuidadosamente a los ojos del público al tío descarriado, a la hermana tísica, al hermano de costumbres disolutas y el montante de las rentas. Cuando Jaurès respondía a un diputado socialista que le reprochaba haber celebrado solemnemente la comunión de su hija: "Querido colega, no me cabe la menor duda de que usted hace lo que quiere con su mujer, yo no", marca-

ba muy exactamente la frontera entre su existencia de hombre público y su vida privada.

Esta separación se organizaba mediante una apretada red de prescripciones. La baronesa Staffe, por ejemplo, enumera detalladamente algunas de ellas: "Cuanto menos se frecuente a las personas que nos rodean, tanto más nos haremos mercedores de su estima y consideración...". "En un vagón o en cualquier otro lugar público, las gentes bien educadas jamás entablan conversación con desconocidos..." "No se habla de asuntos íntimos con los padres, con los amigos que viajan con nosotros o en presencia de desconocidos." La residencia o la casa burguesa se caracterizan por otra parte por separar claramente las habitaciones de recepción de las demás. Por un lado, lo que la familia muestra de sí misma, lo que puede ser hecho público, lo que considera "presentable"; por otro, lo que sustrae a las miradas indiscretas. El lugar habitual de la familia propiamente dicha no es el salón: los niños —señala la baronesa Staffe— no penetran en el salón cuando se recibe a los invitados, y las fotografías de familia se retirarán de él. Las estancias de recepción tampoco se abren a cualquier persona. Si todas las damas de la buena sociedad tienen su "día" de visita —éstas son 178 en este caso en Nevers durante 1907—, para visitar a una mujer notable es necesario haber sido presentado con antelación. Las habitaciones de recepción disponen así un espacio de transición entre la vida privada propiamente dicha y la existencia pública.

Si la vida privada constituye en la burguesía de la *Belle Époque* un campo claramente delimitado, no ocurre necesariamente lo mismo en los demás medios sociales. Las condiciones de vida impedían a los campesinos, obreros y clases humildes de las ciudades, sustraer a las miradas extrañas una parte de su vida para que de este modo se convirtiese en "privada". Paseémonos por ejemplo por las calles populares de Nápoles de la mano de Jean Paul Sartre: "En la planta baja de todas las casas se ha abierto un sinfín de pequeñas habitaciones que dan directamente a la calle, y en cada una de ellas vive una familia. (...) Los moradores

de estos habitáculos los utilizan para todo: dormir, comer, trabajar en sus oficios. Solamente (...) la calle atrae a las gentes. Salen a ella para ahorrar los gastos de la luz de sus lámparas, para tomar el aire, y también, creo, por humanismo, para sentirse hormiguar con los demás. Sacan sillas y mesas a la calle, o al umbral mismo de su cuarto, mitad dentro, mitad fuera, y es precisamente en este mundo intermedio donde tienen lugar los actos principales de su vida. De su historia también (...). Y el exterior está vinculado al interior de una manera orgánica (...). Ayer vi a un padre y a una madre que cenaban fuera, mientras que, dentro, el bebé dormía en una cuna cerca de la gran cama de los padres y, en otra mesa, la hija primogénita hacía sus deberes a la luz de una lámpara de petróleo. (...) Cuando una mujer está enferma y debe guardar cama durante el día, el hecho acontece a plena luz del día y todo el mundo puede verla (...)"

Está claro que la vida privada no tiene el mismo sentido ni el mismo contenido para el pueblo napolitano que para los burgueses franceses de la *Belle Époque*.

Es cierto que la comparación puede ser rechazada. Las tradiciones culturales son diferentes, y esta interpenetración de lo exterior y lo interior, que ilustran las calles de Nápoles, puede interpretarse como un rasgo de una cultura mediterránea que podríamos también encontrar en las ciudades, pequeñas o grandes, del sur de Francia. No es una razón: los patios de Roubaix, los caseríos de los mineros del norte, los inmuebles de la Croix-Rousse o los pueblos de la región de Berry o de Lorena apenas permitían a sus habitantes elevar un muro entre su vida privada y las miradas de sus vecinos: toda su existencia transcurría más o menos a la vista de una colectividad que conocía los mínimos detalles de su vida. En cierto sentido, tener una vida privada era un privilegio de clase: el de la burguesía poseedora de grandes residencias y que a menudo vivía de sus rentas. Las clases trabajadoras se veían obligadas a conocer formas variadas de interpenetración entre su vida privada y su vida pública; una y otra no se diferencian de manera absoluta. En

esta perspectiva, durante el siglo XX asistiremos a una lenta generalización en el conjunto de la población de una organización de existencia en la que se oponen dos campos enteramente distintos: el público y el privado. La historia de la vida privada será entonces la historia de su democratización.

A condición, sin embargo, de no entender esta democratización de manera mecánica y simplista. La vida privada a la cual acceden los obreros o los explotadores agrícolas de fines del siglo XX no es la misma que la del burgués de comienzos de siglo. Simultáneamente, lo que se constituye fuera de esta vida privada finalmente conquistada, y que puede denominarse pública, está regido por nuevas formas. La diferenciación creciente entre lo privado y lo público en el conjunto de la sociedad modifica tanto a la vida pública como a la privada. Ambas no se desarrollan del mismo modo, ni según las mismas pautas. Al mismo tiempo que sus fronteras se desplazan y precisan, su sustancia se transforma.

Equivale a expresar la complejidad de una historia que debe comprender a la vez cómo la vida privada se constituye y se conquista sobre una existencia generosamente colectiva y cómo se organiza en el interior de sus fronteras. Programa, a decir verdad, tanto menos accesible cuanto que haría falta además permanecer atento a las diferencias que provienen de los medios sociales y de las tradiciones culturales. De ahí que no aspiremos aquí a llevar a término esta tarea imposible, sino que nos contentemos únicamente con aislar los grandes ejes de esta evolución, con plantear los principales problemas y esbozar los matices más sobresalientes, a la espera de que trabajos menos ambiciosos, pero más precisos, vengan a confirmar o a modificar nuestras hipótesis.